



DEL CAOS A LA HECATOMBE

¿El destino de la civilización occidental?

Jacques S. Roch

DEL CAOS A LA HECATOMBE

¿El destino de la civilización occidental?



Primera edición: enero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jacques S. Roch

© Fotografía de portada: túnel esculpido en el hielo del glaciar Solheimajokull (Islandia). Foto cortesía de Sarah Roch Pendería.

ISBN: 979-13-87909-64-2

ISBN digital: 979-13-87909-65-9

Depósito legal: M-2142-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Las naciones son dirigidas hoy en día por la locura, por hombres medianos, y gobernados por sentimientos y apetitos.

DR. ALEXIS CARREL
(*La incógnita del hombre*)

El hombre es esclavo no solo de la naturaleza y de la sociedad, sino también de la civilización.

NICOLAS BERTIAEV
(*Libertad y esclavitud del Hombre*)



La Torre de Babel
Peter Bruegel el Viejo (hacia 1563)
Museo Boymans-Van Beuningen (Holanda)

En la civilización occidental, la vida interior del individuo —con toda su riqueza— se encuentra relegada al último plano de la existencia. El hombre está tan atrapado en el engranaje de la vida mecanizada que no le queda tiempo para hacer un alto, ni el poder de atención necesario para dirigir hacia sí mismo su mirada mental. El hombre pasa sus días absorbido por las circunstancias. La inmensa máquina que lo arrastra gira sin cesar y le impide detenerse, a riesgo de ser destrozado. Hoy como ayer y mañana como hoy, se agota el hombre en esa carrera desenfrenada, lanzado en una dirección que, en definitiva, no lo conduce a ninguna parte. La vida pasa casi desapercibida, rápida como un rayo de luz, después, siempre ausente de sí mismo, cae devorado.

BORIS MOURAVIEFF

(Gnosis I, 1960)

A la memoria de Boris Mouravieff
Historiador de Rusia y de las civilizaciones

(1890-1966)



Índice de capítulos

Prefacio Lecciones desde el termitero	13
Consideraciones personales.....	15
Capítulo Primero. El mito del Gran Diluvio y la Torre de Babel...	49
Capítulo Segundo. La falsa idea del progreso: La religión industrial.	65
Capítulo Tercero. La Civilización Occidental Moderna.....	121
Capítulo Cuarto. La sociedad consumista: born to shop.....	147
Capítulo Quinto. El Occidente contra el Mundo.....	187
Capítulo Sexto. Del caos a la hecatombe.....	239
Epílogo. La Torre de Babel: ¿en ruinas?.....	293
Bibliografía.....	321

Prefacio

Lecciones desde el termitero

Es nuestro mundo entero que está enfermo moralmente.

A. SOLZHENITSYN

La vida del hombre está cruzada por corrientes subterráneas que arrastran al hombre a una atmósfera de violencia y de esclavitud.

NICOLAS BERDIAEV

Si queremos que nuestra civilización sobreviva, debemos romper con el hábito de reverenciar a los grandes hombres. Los grandes hombres pueden cometer grandes errores [...], algunos de los más grandes líderes del pasado apoyaron el ataque perenne a la libertad y a la razón.

KARL POPPER

Consideraciones personales

El Dr. Alexis Carrel¹ (1873-1944) fue un afamado cirujano francés, Premio Nobel de Medicina en 1912, además de excelente escritor y elevado maestro espiritual. Hoy en día, en nuestra «maravillosa» era digital, injustamente olvidado; expuso sus temores acerca del futuro de la civilización occidental moderna, hace ya casi un siglo de ello, a la vista del rumbo que esta tomaba; así los expresaba, a modo de seria advertencia, en el capítulo titulado «La renovación del Hombre» de su libro *La Incógnita del Hombre*²:

Por primera vez en la Historia, la Humanidad, ayudada por la Ciencia, se ha vuelto dueña de su destino. Pero ¿seremos capaces de hacer uso de este conocimiento de nosotros mismos en provecho propio? Para progresar de nuevo, el hombre tiene que reconstruirse. Y no puede hacerlo sin sufrir. Porque es a la vez mármol y escultor. Para descubrir su verdadero rostro tiene que destrozar a martillazos su propia substancia. No se someterá a este tratamiento si no le lleva a ello la necesidad. Mientras se encuentra rodeado del confort, la belleza y las maravillas mecánicas engendradas por la Tecnología, no comprende cuán urgente es esta operación. No alcanza a darse cuenta de que está degenerando. ¿Para qué va a esforzarse en modificar su manera de ser, de pensar y de vivir?

En mi juventud, las ansias por descubrir cosas nuevas me devoraban. Cada vez que compraba un libro «crucial» me saltaba sus prefacios. ¡Grave error!, sería, *mutatis mutandis*, ¡como si llegásemos tarde a la obertura de la ópera *Carmen* de Bizet! Los prefacios, los prólogos y las introducciones contienen, como las oberturas de

las grandes óperas, la esencia de estas, como el capullo, la magnificencia de la flor aún por nacer. Un par de ejemplos; el primero: ¿acaso no sería propio de insensatos saltarse el de Jean Paul Sartre (1905-1980) que escribió (contra la ocupación francesa de Argelia) para el impactante libro de Frantz Fanon³, icono del movimiento anticolonialista del siglo xx, autor de *Los condenados de la Tierra*⁴? Este fue el terrorífico grito de rabia que lanzó contra el colonialismo francés:

Nuestra fuerza de choque ha recibido la misión de convertir en realidad esa abstracta certidumbre: se ordena reducir a los habitantes del territorio anexo al nivel de monos superiores, para justificar que el colono los trate como bestias. La violencia colonial no se propone solo como finalidad mantener en actitud respetuosa a los hombres sometidos, trata de deshumanizarlos. Nada será aborrecido para liquidar sus tradiciones, para sustituir sus lenguas por las nuestras, para destruir su cultura sin darles la nuestra; se les embrutecerá de cansancio. Desnutridos, enfermos, si resisten todavía al miedo se llevará la tarea hasta el fin: se dirigen contra el campesino los fusiles; vienen civiles que se instalan en su tierra y con el látigo lo obligan a cultivarla para ellos. Si se resiste, los soldados disparan, es un hombre muerto; si cede, se degrada, deja de ser un hombre; la vergüenza y el miedo van a quebrar su carácter, a desintegrar su persona.

Y el segundo ejemplo: el genial periodista y escritor italiano Alberto Moravia⁵ (1907-1990), autor de una colección de textos titulada *El hombre como fin y otros ensayos*⁶ de cuyo Prefacio extraeré, con sumo cuidado, como si fueran las perlas del ajuar de una antigua princesa durmiendo en su sarcófago dorado, el siguiente texto que desprende una lucidez exquisita:

[...] Sería difícil encontrar en el mundo moderno la robusta confianza, la sanguínea plenitud, el rico temperamento que fueron propios del humanismo en sus albores. El hombre del neocapitalismo, con todos sus refrigeradores, sus supermarkets, sus automóviles utilitarios, sus cobetes y sus sets televisivos, se muestra tan exangüe, descorazonado, desvitalizado y neurótico que justifica a quienes

querrán aceptar su decadencia como si fuera un hecho positivo y reducirlo a ser un objeto entre los objetos. Sin embargo, el hombre del neocapitalismo no logra olvidar su propia naturaleza, humana después de todo. Por esto, su antihumanismo no alcanza a ser positivo. Bajo apariencias brillantes y abstractas se ocultan, si bien se mira, el tedio, el disgusto, la impotencia y la irrealidad.

Estamos ciertamente en un momento crucial de la historia de la humanidad; no tenemos ni idea de lo que sucederá en un futuro próximo o lejano, pero lo que sí sabemos es que esta nueva era, ese mundo moderno, o mejor dicho posmoderno, tan finamente retratado por Moravia está, en este siglo XXI, definido por una crisis de valores morales y éticos, también de naturaleza religiosa, artística, política y económica. Esta crisis se precipitó a raíz del desencadenamiento de las hecatombes de las dos grandes guerras mundiales del pasado siglo. Su impacto psicológico fue enorme sobre la conciencia de los pueblos afectados por estas y sus colonias, y cuya extensión y virulencia, desde entonces, no han dejado de crecer a pasos agigantados, magnificados, en su espantoso desequilibrio, por el rumbo errático de la era digital. Todos ellos afectan y desarticulan de forma trágica las células de la civilización occidental, es decir, la sociedad y los hombres, sus cromosomas. Crisis, como observamos, con muy diferentes orígenes, todos ellos sincronizados en el tiempo y en el espacio, como una esclerosis múltiple, afectando, en su casi totalidad, a todos los órganos de las naciones modernas de nuestro planeta. El historiador y filósofo británico Christopher Dawson⁷ (1889-1970) escribió en *Dinámica de la Historia universal*⁸ esta interesante reflexión:

La crisis que ha azotado el mundo moderno durante el período de posguerra no es meramente una crisis económica. Compromete el futuro de toda la cultura occidental, y, por lo tanto, el destino de la humanidad.

O esta otra del sociólogo italoargentino Gino Germani⁹ (1911-1979) que tomo del prefacio que redactó para la versión castellana

de *El Miedo a la libertad*¹⁰ del psicólogo humanista y ensayista alemán Erich Fromm¹¹ (1900-1980):

La crisis actual no es la expresión del destino inevitable de la especie humana; por el contrario, es una crisis de crecimiento, es el resultado de la progresiva liberación de sus inmensas potencialidades materiales y psíquicas; el hombre se halla en el umbral de un mundo nuevo, un mundo lleno de infinitas e imprevisibles posibilidades; pero está también al borde de una catástrofe total. La decisión está en sus manos; en su capacidad de comprender racionalmente y de dirigir según sus designios los procesos sociales que se desarrollan a su alrededor.

El Dr. Konrad Lorenz¹² (1903-1989), Premio Nobel de Medicina en 1973, fue uno de los máximos representantes de la etología animal, además de excelente ensayista y conferenciante. Sus conocimientos abarcaban desde la zoología al estudio y la evolución de las sociedades humanas; citaré, de su ensayo *Decadencia de lo humano*¹³, el siguiente pasaje que pertenece al capítulo «El malestar de la cultura»:

La mente humana, creada mediante el pensamiento abstracto, el lenguaje sintáctico y la consiguiente transmisión hereditaria del saber tradicional, se desarrolla a una velocidad muy superior a la del alma. De resultas, el hombre cambia con mucha frecuencia el medio ambiente propio en perjuicio suyo. Hoy está en trance de aniquilar la simbiosis terrestre de la que vive y en la que vive, y, por ende, de cometer suicidio.

Para Lorenz, el alma es más antigua que la mente; consideraba esta última como la experiencia subjetiva del hombre —lo que yo calificaría como conciencia— y no se sabía cuándo esta se formó; a continuación, señalaba que:

Es tan enorme la velocidad con que cambia la mente humana y con que el hombre mediante su tecnología transforma el medio ambiente propio en algo distinto por completo que la marcha del desarrollo histórico filogénico parece

haberse interrumpido en comparación con ella. Desde el nacimiento de la civilización humana, el alma humana ha permanecido inalterada en lo esencial; no es sorprendente, pues, que la civilización le imponga con mucha frecuencia unos cometidos irrealizables.

En una época más reciente, contemplando el siglo xxi en todo el esplendor de su amanecer, el historiador británico Niall Ferguson¹⁴ (1964) se hacía la siguiente pregunta (en el prólogo de su ensayo *Civilización, Occidente y el resto*¹⁵) en relación con el surgimiento de nuevas potencias económicas originarias de los grandes países del continente asiático, con China a la cabeza de todos ellos. Según su cualificada opinión, arrasarían con la potencia devastadora de un tsunami lo que queda de genuinamente europeo, es decir, con los valores que dieron lugar a la mayor civilización —la occidental moderna— que ha conocido el hombre si obviamos, como es natural, la china, muy encerrada en sí misma, y que, por lo tanto, no pudo expandirse más allá del continente asiático:

Y para mí, la cuestión subsiguiente es esta: si podemos dar con una buena explicación de la supremacía de Occidente en el pasado, ¿podremos ofrecer entonces un pronóstico para su futuro? ¿Es este realmente el fin del mundo de Occidente y el advenimiento de una nueva época oriental? En otras palabras: ¿estamos presenciando la decadencia de una edad en la que la mayor parte de la humanidad ha estado más o menos subordinada a la civilización surgida en Europa occidental tras el Renacimiento y la Reforma; la civilización que, impulsada por la revolución científica y la Ilustración, se expandió a través del Atlántico y llegó hasta las Antípodas, alcanzando finalmente su apogeo durante los años de la revolución, la industria y el imperio?

Y más allá de las importantes preguntas que se plantea Niall Ferguson, el filósofo australiano Toby Ord¹⁶ (1979) en *El precipicio, riesgo existencial y el futuro de la humanidad*¹⁷ escribió como introducción:

Impulsado por el progreso tecnológico, nuestro poder ha crecido tanto que, por primera vez en la larga historia de la humanidad, tenemos la capacidad de destruirnos a nosotros mismos, cortando todo nuestro futuro y todo lo que podríamos llegar a ser [...]. La humanidad carece de la madurez, la coordinación y la previsión necesarias para evitar cometer errores de los que nunca podremos recuperarnos. A medida que crece la brecha entre nuestro poder y nuestra sabiduría, nuestro futuro está sujeto a un nivel de riesgo cada vez mayor. Esta situación es insostenible. Por eso, durante los próximos siglos, la humanidad será puesta a prueba: o actuará de manera decisiva para protegerse a sí mismo y a su potencial a largo plazo o, con toda probabilidad, esto se perderá para siempre. Para sobrevivir a estos desafíos y asegurar nuestro futuro, debemos actuar ahora: gestionar los riesgos de hoy, evitar los de mañana, y convertirse en el tipo de sociedad que nunca volverá a plantear tales riesgos para sí misma. Solo en el último siglo se hizo evidente el poder de la humanidad para amenazar todo su futuro.

En este estudio, se analizará, con base en prestigiosos historiadores, sociólogos y antropólogos, los principales riesgos que pueden arrastrar a la humanidad hacia su casi segura extinción, hacia la hecatombe final... ¡a toda ella!, no solamente a nuestra civilización occidental. Todos estamos subidos en un mismo barco, una nave que hace aguas por todas partes y, lo que es aún peor, sin nadie al timón: ¿Hacia dónde se dirige? ¡Esa es la gran pregunta a la espera de una respuesta!

§

La civilización de las termitas

La civilización de los termites, también conocidos por el nombre de termitas, hormigas blancas (aunque no tenga nada que ver con ellas, pues son sus enemigas mortales) o comejenes, ha dejado asombrados a generaciones de entomólogos. Fueron estudiados, entre otros, por el alemán Hermann August Hagen (1817-1893).

Este extraordinario sabio los observó minuciosamente en sus centenares de diferentes especies, viajando por casi todos los continentes donde aquellos habitaban, trabajos que dieron por resultado su monumental tratado *Monografía de las termitas* (1855-1860); un libro escrito en compañía de otro gran naturalista, ornitólogo y zoólogo belga, además de gran coleccionista de insectos y aves, el barón Michel Edmond de Sélys Longchamps (1813-1900). El genial ensayista y dramaturgo belga Maurice Maeterlinck¹⁸ (1862-1949) escribió en *La vida de los termites*¹⁹:

Esta civilización, la más antigua que se conoce (según Maeterlinck, precede en cien millones de años a la aparición del hombre sobre nuestro planeta. Nota del autor) es la más curiosa, la más compleja, la más inteligente y, en cierto sentido, la más lógica, la mejor adaptada a las dificultades de la existencia, que, antes que la nuestra, se ha manifestado sobre este globo. Desde varios puntos de vista, aunque feroz, siniestra y a menudo repugnante, es superior a la de las abejas, la de las hormigas y la del hombre mismo.

Más adelante, escribió este texto tan estremecedor que parece una profecía autocumplida:

Es bastante inquietante comprobar que cada vez que la Naturaleza da a un ser, que parece inteligente, el instinto social, amplificando, organizando la vida en común, que tiene por punto de partida la familia, las relaciones de madre a hijo, es para conducirlo, a medida que la asociación se perfecciona, a un régimen cada vez más severo, a una disciplina, a compulsiones, a una tiranía de las más intolerantes e intolerables, a una existencia de fábrica, de cuartel o de prisión, sin descanso, sin tregua, utilizando implacablemente, hasta el agotamiento y hasta la muerte, todas las fuerzas de sus esclavos, exigiendo el sacrificio y la desgracia de todos sin provecho ni felicidad de nadie, para no llegar más que a prolongar, a renovar y a multiplicar en el horizonte de los siglos una especie de desesperación común. Se diría que estas sociedades de insectos, que nos preceden en el tiempo, han querido ofrecernos una caricatura, una parodia anticipada de los paraísos terrestres hacia los cuales se encaminan la mayor parte de los pueblos civilizados; y se diría, sobre todo, que la Naturaleza no quiere la felicidad.

El padre Pierre Teilhard de Chardin²⁰ (1881-1955), antropólogo, teólogo y filósofo francés, aporta, en *El Fenómeno Humano*²¹ (Cap. III Deméter, 3. «La Proximidad de los Tiempos»), esta interesante reflexión:

En los insectos superiores, la concentración cefálica de los ganglios nerviosos corre pareja con una extraordinaria riqueza y precisión de los comportamientos. Quedamos verdaderamente pensativos cuando vemos vivir a nuestro alrededor este mundo tan maravillosamente ajustado y a la vez tan espantosamente lejano.

¿Competidores? ¿Quizá sucesores? [...]. ¿No sería necesario mejor decir una muchedumbre patéticamente comprometida y luchando dentro de un callejón sin salida?

Cuando por primera vez leí *La vida de los termes*, me vinieron a la memoria las demostraciones multitudinarias de Corea del Norte, en las cuales decenas de miles de títeres, en sus estadios engalanados con banderas y eslóganes, tan automatizados como las termitas, sus lejanos parientes —condenadas a soportar su triste destino dentro de los oscuros laberintos de su termitero— rendían pleiteoría de esclavos al amo supremo, a su *Moloch*²², a su «Reina Madre». Recordaba, sin duda, lo escrito más arriba por Teilhard de Chardin, pero también a Maeterlinck (en su ensayo arriba mencionado) este texto del capítulo «La moral y la comejenera»²³:

Si la organización social de la colmena parece ya muy dura, la de la comejenera es incomparablemente más áspera, más implacable. En la colmena encontramos un sacrificio casi completo a los dioses de la ciudad, pero le queda a la abeja algún viso de independencia.

La mayor parte de su vida se desarrolla fuera a la luz del sol [...]. En la sombría república estercórea (se refiere al interior del termitero. Nota del autor), el sacrificio es absoluto, el emparedamiento total, la vigilancia incesante; todo es negra opresión. Los años se suceden en medio de estrechas

tinieblas. Todos son esclavos y casi todos son ciegos. Nadie, excepto las víctimas de la gran locura genital, sube a la superficie del suelo, ni atisba el horizonte, ni entrevé la luz del día.

Y un poco más adelante:

Los dioses del comunismo truécense allí en insaciables Molochs. Cuanto más se les da, más piden, y no cesan de exigir más que cuando el individuo está aniquilado y su desgracia no tiene remedio [...]. Todas se consumen, día y noche, sin descanso, en tareas precisas, diversas y complicadas [...]. La disciplina parece más feroz que la de los carmelitas o la de los trapenses, y la sumisión voluntaria a leyes o reglamentos que vienen no se sabe de dónde es tal que ninguna asociación humana puede darnos ejemplo parecido.

Y al final plantea la siguiente gran pregunta, pensando, quizá, en el propio destino del *Homo sapiens recens*:

¿Vive desde hace millones de años únicamente por vivir, o más bien para no morir; para multiplicar indefinidamente su especie sin alegría, para perpetuar sin esperanza una forma de existencia entre todas, la más desheredada siniestra y miserable?²⁴

Y como no podía ser menos, en plena sintonía con Maeterlinck, Alberto Moravia se preguntaba, sin ningún tipo de concesión, en su ensayo anteriormente mencionado:

¿Qué diferencia existe entre una colmena, un hormiguero y el Estado moderno? Así, en la colmena, en el hormiguero, como en el Estado moderno, las abejas, las hormigas y los hombres son medios para la colmena, para el hormiguero y para el Estado, y el fin, en cambio, consiste en la colmena, el hormiguero y el Estado.

Somos simples pequeños mecanismos, las ruedecillas minúsculas que giran al servicio del mecanismo universal de las grandes

ruedas dentadas con precisión milimétrica. Hace ya mucho tiempo que las sociedades modernas, presas de sus ciegas rutinas, se encaminan hacia su precipicio; ¿se convertirán, a su vez, en termitas, desplegando la misma ciega obediencia y ferocidad? Lo pudimos ver en el pasado siglo XX, el siglo por excelencia del progreso, símbolo del desarrollo tecnológico y mercantil. Pero, al mismo tiempo, del consumo ostensivo y conspicuo. Fue actor y testigo de los dos peores e inimaginables cataclismos que ninguna mente, en el pasado, pudo imaginar: la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Aquellas fueron guerras de exterminio que se cebaron, con infinita crueldad, sobre las poblaciones civiles de las naciones enfrentadas, y que, paradójicamente, compartían el substrato cultural y religioso de su idéntica experiencia ancestral.

El gran poeta y escritor francés Paul Valéry²⁵ (1871-1945) escribió en *Miradas sobre el mundo actual*²⁶ cómo la tecnología aplicada a la guerra moderna la había transformado de raíz, convirtiéndola en un despiadado y potentísimo instrumento de destrucción masiva:

La última guerra²⁷ no puede considerarse como un simple agrandamiento de los conflictos de antaño. Esas guerras del pasado se terminaban mucho antes del agotamiento real de las naciones intervinientes. Así, por una sola pieza perdida, los buenos jugadores de ajedrez abandonaban la partida. Era, pues, una clase de «convención» con lo que se acababa el drama, y el acontecimiento que decidía la desigualdad de las fuerzas era más simbólico que efectivo. Pero hemos visto, al contrario, hace muy pocos años, la guerra toda moderna seguir fatalmente hasta el extremo agotamiento de los adversarios, cuyos recursos al completo, hasta los más lejanos, venían a consumirse sobre el frente de combate.

Pero desengañémonos: tal como escribió el sociólogo francés Gaston Bouthoul²⁸ (1899-1980) en *La guerra*²⁹: «La guerra no es un instrumento, sino que somos nosotros los instrumentos de la guerra» (sic), y la Gran Guerra moderna nació, muy probablemente, con Napoleón Bonaparte. Al hilo de sus victorias, montado sobre su alazán, el egocéntrico emperador de Europa acabó su vida, aba-

tida su gloriosa epopeya, como un mendigo enfermo malviviendo bajo un puente, abrasado por las llamas de su propia maldición. Para él y otros muchos como él, la gloria lo era todo, y, a causa de esta, sucumbió su ilimitada ambición en el oscuro abismo de su espejismo salvaje. La destrucción desplegó sus negras alas y, como un Atila surgiendo de las puertas del infierno, guiando sus despiadadas hordas por los campos europeos, los redujo, empañándolos de sangre inocente, a un montón de cenizas humeantes. Los franceses le erigieron en su honor un majestuoso Arco del Triunfo, tributo a su genio militar, y, *ad maiorem diaboli gloriam* de sus innumerables e inocentes víctimas. Hoy como ayer, gobierna encarnado el poder destructor, la eficacia matemática al servicio de la maldad, de la dominación más brutal y demás quimeras del hombre, ese loco mono asesino, como bien lo describiera Erich Fromm, en el siguiente texto que tomo de *El corazón del Hombre*³⁰:

La creencia en la bondad del hombre fue resultado de la nueva confianza del hombre en sí mismo, adquirida como consecuencia del enorme progreso económico y político que empezó con el Renacimiento. Por el contrario, la bancarrota moral de Occidente, que empezó con la Primera Guerra Mundial y llevó, más allá de Hitler y Stalin, de Coventry e Hiroshima, a la preparación actual para el exterminio universal, puso de manifiesto una vez más la insistencia tradicional sobre la predisposición del hombre al mal.

Y más adelante:

El hombre ordinario con poder extraordinario es el principal peligro para la humanidad, y no el malvado o el sádico. Pero, así como se necesitan armas para hacer la guerra, se necesitan las pasiones del odio, de la indignación, de la destrucción y del miedo para hacer que millones de hombres arriesguen la vida y se conviertan en asesinos. Esas pasiones son condiciones necesarias para desencadenar la guerra; no son sus causas, como tampoco lo son los cañones y las bombas por sí mismos.

Quisiera, llegados a este punto, recordar al sociólogo neerlandés J. G. de Beus³¹ (1909-1991), rescatándole del olvido por unos instantes. Escribió esta profunda reflexión acerca de la guerra que pertenece a *El futuro de Occidente*³²:

Pero las guerras no se ganan solo mediante la fuerza militar y material, por indispensables que estas sean. Las guerras se ganan finalmente por el vigor y la perseverancia de los combatientes, y estos dependen de su convicción de luchar por una causa merecedora del sacrificio que requiere.

Y a continuación:

Todas las grandes guerras alcanzaron más pronto o más tarde una fase de equilibrio militar; es entonces cuando los factores espirituales y mentales comienzan a dominar el resultado. No pueden derrotar por sí mismos a los cañones y a los tanques, pero cuando los cañones y los tanques callan es cuando el espíritu inclina la balanza. No puede ser sometido por la fuerza bruta.

Y esta gran verdad, quizá, sobreviva en la actualidad, porque es eterna y, quizá, la fuerza de los valores espirituales de la tradición del humanismo cristiano logre, al final, rescatar nuestra civilización de su inminente disolución en la nada. Muchos grandes pensadores como Erich Fromm, P. D. Ouspensky³³, Julius Evola³⁴, Julian Huxley³⁵, René Guénon³⁶ o Arnold J. Toynbee³⁷ previeron el actual caos encaminándose, al ritmo de su desarrollo tecnológico, hacia su propia aniquilación, hacia su hecatombe física y espiritual. La naturaleza funciona como un gran laboratorio donde se han llevado, se llevan y se llevarán a cabo experimentos, unos más evidentes y otros más secretos. Antes de que existiéramos, razas ciclópeas poblaron la protohistoria de la Tierra y desaparecieron sin dejar apenas rastros, quizá, a lo sumo, algunas construcciones megalíticas y poco más. Plasmó, con su estilo inigualable, el psicólogo alemán Philipp Lersch³⁸ (1898-1972) en *El hombre en la actualidad*³⁹ esta impactante reflexión:

El desarrollo del mundo occidental durante los últimos cien años se efectuó bajo el signo de un progreso externo basado en los conocimientos de las ciencias naturales, en los inventos de la técnica, y en la utilización de unos y otros en el campo de la industria y de la economía. Pero al mismo tiempo, y en creciente medida, se ha apoderado del hombre occidental la conciencia de que, pese del enriquecimiento que las conquistas y los logros de la civilización suponen para la configuración externa de la existencia, la vida interior del hombre se ha ido empobreciendo cada vez más en valores espirituales y de sentimiento.

Ese hombre «occidental» del siglo XXI es el producto de una determinada cultura histórica de tradición helenística y judeocristiana. Dicha cultura surgió de unos determinados arquetipos en permanente conflicto, tal como nos lo recuerda el historiador francés Jacques Barzun⁴⁰ (1907-2012) en el prólogo de su magna obra *Del amanecer a la decadencia, 500 años de vida cultural en Occidente*⁴¹:

La idea de cultura occidental como un bloque sólido con un solo significado es contraria a los hechos. Occidente ha sido una interminable secuencia de opuestos: en religión, en política, en arte, en moral y costumbres, la mayoría de los cuales perviven más allá de su primer momento de conflicto.

En relación con la aparición del progreso tecnológico y su impacto en la vida del hombre, el filósofo francés Jacques Ellul⁴² (1912-1994), en su nota introductoria «Advertencia» perteneciente a *La edad de la técnica*⁴³, señalaba lo siguiente:

Tampoco se trata de hacer un balance positivo o negativo de los logros alcanzados actualmente por las técnicas. En modo alguno pretendemos establecer un paralelismo entre sus ventajas y sus inconvenientes. No repetiremos una vez más que la duración del trabajo ha disminuido gracias a las técnicas, que el nivel de vida ha aumentado, pero que el obrero encuentra muchas dificultades para adaptarse a las máquinas. Estamos convencidos de que nadie puede hacer el balance efectivo y detallado de la totalidad de los efectos debidos al conjunto de las técnicas.

Una de las causas por las que nuestra civilización occidental moderna se asemeja cada vez más al modelo del termitero es el vertiginoso desarrollo de su tecnología y nuestra ignorancia por mantenerla controlada. Las termitas (al igual que el resto de los insectos) tuvieron, hace millones de años, su oportunidad para encarar una evolución armónica, quizá hasta consciente de sí misma, pero aquello fue un experimento condenado al fracaso, fallido desde el principio; hoy en día, no sabemos por qué sucedió de aquella manera. La Tierra es el lugar elegido para que, en su gran laboratorio, tenga la oportunidad de evolucionar la especie *Homo sapiens* hacia formas superiores de conciencia; en caso contrario, le esperará, a la vuelta de la esquina, es decir, en unos pocos siglos (o probablemente todavía menos), la inevitable extinción. Ojalá estemos todavía a tiempo y aprendamos la lección.

Erich Fromm, en *La condición humana actual*⁴⁴, exponía en este texto estremecedor la verdadera situación de la humanidad sobre la Tierra:

A pesar de la producción y el confort crecientes, el hombre pierde cada vez más el sentido de ser él mismo; tiene la sensación de que su vida carece de sentido, aun cuando tal sensación sea en gran parte inconsciente.

En el siglo pasado el problema era que Dios está muerto en nuestro siglo el problema es que el hombre está muerto En el siglo XIX, inhumanidad significaba crueldad; en el siglo XX significa enajenación esquizoide. En otros tiempos el peligro era que los hombres se convirtieran en esclavos. El peligro del futuro es que los hombres lleguen a convertirse en robots. Verdad es que los robots no se rebelan. Pero dada la naturaleza del hombre, los robots no pueden vivir y mantenerse cuerdos: se convierten en gólems⁴⁵; entonces buscarán destruir al mundo y destruirse a sí mismos, pues ya no serán capaces de soportar el tedio de una vida falta de sentido y carente completa de objetivos.

Una nueva palabra para una nueva realidad: los robots; empleada por primera vez por el escritor checo Karel Čapek⁴⁶ (1890-1938) para designar a autómatas (del checo *robota* a partir del antiguo es-

lavo *rabotat'*, que significa ‘trabajar’) con el objetivo de encargarse de las tareas más pesadas, un día no muy lejano nos reemplazarán.

§

La jaula de hierro de Max Weber

El sociólogo norteamericano Ernst Breisach⁴⁷ (1923-2016) en *Sobre el futuro de la Historia, el desafío posmodernista y sus consecuencias*⁴⁸ cita la célebre expresión «La jaula de hierro» del filósofo alemán Max Weber⁴⁹ (1864-1920); expresa con ella las circunstancias del hombre de la era postindustrial, en los «*tiempos líquidos*»⁵⁰ de la postmodernidad. Ambiguo y retorcido concepto de postmodernidad o mejor todavía de su par gemelo el postmodernismo, considerado como movimiento filosófico, cajón de sastre para etiquetar todos los fenómenos sociales, los estéticos, en particular, incluyendo la arquitectura, etc., y de esta forma situarnos al término histórico de la etapa industrial moderna. El politólogo sudafricano Alex Callinicos⁵¹ (1950) en *Contra el Postmodernismo*⁵², señalaba que:

*La década de 1980 constituyó un momento estelar para el postmodernismo. Uno de sus principales propagandistas, Ihab Hassan*⁵³ (1925-2015), *llegó a escribir en una colección editada en 1987: «Quisquillosos académicos evitaron alguna vez la palabra postmoderno como quien elude el más sospechoso neologismo. Ahora, sin embargo, el término se ha convertido en el santo y seña de nuevas tendencias en cine, teatro, danza, música, arte y arquitectura; en filosofía, teología, psicoanálisis e historiografía; en nuevas ciencias, tecnologías cibernéticas y varios estilos de vida culturales».*⁵⁴

Y más adelante:

Lo que tienen en común las diversas descripciones del postmodernismo, a menudo mutua e internamente contradictorias, es la idea de que los recientes cambios estéticos, con independencia de cómo se caractericen, son sintomáticos

de una novedad radical y de mayor alcance, de una transmutación esencial de la civilización occidental.

El filósofo y sociólogo italiano Gianni Vattimo⁵⁵ (1936-2023), especialista en la materia, escribía lo siguiente en la introducción a su ensayo *El fin de la modernidad*⁵⁶:

[...] parece que todo discurso sobre la posmodernidad es contradictorio, y precisamente esta es, por lo demás, una de las objeciones más difundidas hoy contra la noción misma de lo posmoderno [...] lo posmoderno se caracteriza no solo como novedad respecto de lo moderno, sino también como disolución de la categoría de lo nuevo, como experiencia del «fin de la historia» [...]. Ahora bien, una experiencia de «fin de la historia» parece ampliamente difundida en la cultura del siglo XX, en la cual y en múltiples formas retorna continuamente la idea de un «ocaso del Occidente» que, en última instancia, parece particularmente pertinente en la forma de la catástrofe atómica. En este sentido catastrófico, el fin de la historia es el fin de la vida humana en la tierra. Como la posibilidad de semejante fin nos incumbe realmente, la impresión de catástrofe difundida en la cultura actual dista mucho de ser una actitud inmotivada.

Y en *La sociedad transparente*⁵⁷, fechado en el año 1989, en el capítulo «Posmoderno: ¿Una sociedad transparente?», señalaba que:

Hoy se habla mucho de posmodernidad; es más, tanto se habla que casi ha llegado a convertirse en algo obligado distanciarse de este concepto, considerarlo como una moda pasajera, declararlo una vez más un concepto «superado» [...]. Pues bien, yo considero, al contrario, que el término posmoderno sí tiene sentido, y que tal sentido se enlaza con el hecho de que la sociedad en la que vivimos sea una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los mass media.

Habría que considerar este texto, en su contexto temporal, es decir, una decena de años antes de la explosión de la era de la comunicación audiovisual digital y que la influencia de esos *mass media* ha llegado a ser omnipresente en nuestras sociedades contemporáneas.

Y a continuación:

Ante todo: hablamos de posmoderno porque consideramos que, en alguno de sus aspectos esenciales, la modernidad ha concluido. El sentido en el que se puede decir que la modernidad ha terminado depende de lo que se entienda por modernidad. Entre las muchas definiciones de esta, hay una, creo, que permite llegar a un acuerdo: la modernidad es la época en la que el hecho de ser moderno se convierte en un valor determinante [...]. De acuerdo con mi opinión es, más o menos, esta consideración «eulógica»⁵⁸, vindicativa, del ser moderno, lo que caracteriza toda cultura moderna.

Y más adelante afirmaba que:

Junto con el fin del imperialismo y el colonialismo, otro gran factor ha venido a resultar determinante para la disolución de la idea de historia y para el fin de la modernidad: se trata del advenimiento de la sociedad de la comunicación [...].

Y a la pregunta si el advenimiento de la sociedad de la comunicación conlleva automáticamente una sociedad más transparente, más democrática, incluso, por la facilidad en satisfacer el derecho a informarse de una manera veraz, responde:

[...] Así se desemboca en el segundo punto, el que se refiere a la «sociedad transparente» [...] lo que intento sostener es: a) que en el nacimiento de una sociedad posmoderna los mass media desempeñan un papel determinante; b) que estos caracterizan tal sociedad no como una sociedad más «transparente», más consciente de sí misma, más «iluminada», sino como una sociedad más compleja, caótica incluso; y finalmente c) que precisamente en este «caos» residen nuestras esperanzas de emancipación.

Esperanzas de emancipación, que con la perspectiva de los hechos que da la lejanía desde que estas frases fueron escritas no se han cumplido.

Salvando este paréntesis, es, en definitiva, parafraseando al filósofo austríaco Viktor Frankl⁵⁹ (1905-1997), la del «hombre en busca de su sentido» (sic):

En la era moderna avanzada, las masas dominantes hacían de la sociedad y de la vida pura rutina producida por intereses exclusivamente materiales. La burocracia era la más importante de las nuevas, pero ya integradas instituciones, estabilizadores necesarios de un mundo desprovisto de sus costumbres tradicionales. Su rutinización y la cuantificación de los problemas vitales eran perfectos para regular la vida moderna [...]. La nueva sociedad que se deshacía de la tradición al precio de vivir en una «jaula de hierro» no tenía espacio ni para la libertad verdadera, ni para una vida con sentido pleno, ni para actuar de forma responsable.

Más bien una jaula de fibra de vidrio, base de la tecnología digital actual. Ernst Breisach cita estas palabras de Weber, para describir al *Homo sapiens* obnubilado por la quimera de un progreso infinito: «especialistas sin alma, sensualistas sin corazón; esta anulación les hace imaginar que han conseguido un nivel de civilización sin precedentes»⁶⁰. Es lo que Weber llamaba «producir una jaula de hierro para la nueva servidumbre» (sic). Pero él nunca facilitó una información explícita acerca de cómo podía el hombre moderno (y más aún el posmoderno) escapar de la *jaula de hierro*; no señaló el camino de la salida, la llave que abría su cerrojo. Hay un texto muy significativo de P. D. Ouspensky con relación a este tema, del cual no podemos extendernos demasiado por razones obvias, pero que vale la pena citar; pertenece a *En busca de lo milagroso-fragmentos de una enseñanza desconocida*⁶¹. Trata de parte de una conversación que mantuvo con su maestro espiritual G. I. Gurdjieff⁶²:

Usted no se da cuenta de su propia situación. Ud. está preso. Todo cuanto puede Ud. desear, si es una persona sensata, es salir de esta cárcel. ¿Pero cómo va a hacerlo? Es preciso cavar un túnel. Un hombre no puede hacerlo por sí solo [...]. Lo que, es más, nadie puede huir de esta cárcel si no obtiene la ayuda de quienes han huido antes que él. Únicamente estos pueden indicarle en qué forma es posible huir, pueden enviarle herramientas, limas, sogas o lo que fuere necesario. Un preso, solo y por sí mismo, no puede hallar a esta gente que ha huido, no puede ponerse en contacto con ella. Necesita una organización. Nada puede hacerse sin una organización.

La búsqueda de una organización espiritual (a la que hacía referencia, «*sous entendus*», Gurdjieff) que nos permita salir de nuestra propia cárcel es misión de cada sociedad y de cada hombre en particular; dependerá fundamentalmente del nivel de conciencia y de la voluntad del individuo, como persona y como ser político también. Una teoría del progreso, hegemónica en la época de la primera revolución industrial, a principios del siglo xx, postulaba que la ciencia llevaría a la sociedad a beneficiarse de sus aplicaciones industriales, tecnológicas y conducirla hacia la abolición del trabajo físico. Este sería sustituido en su casi totalidad por las máquinas y los obreros manuales, poco a poco, irían desapareciendo. A este propósito, advertía el economista francés Frédéric Bastiat⁶³ (1801-1850) en estas frases del capítulo «Las máquinas» de *Lo que se ve y lo que no se ve*⁶⁴:

¡Malditas sean las máquinas! Su potencia creciente hace caer en la pobreza cada día a millones de obreros, dejándolos sin trabajo, sin salario y sin pan. ¡Malditas sean las máquinas!

Fue el coetáneo de Henry D. Thoreau⁶⁵ (1817-1862) y de Samuel Butler⁶⁶ (1835-1902), otros dos furibundos enemigos del progreso técnico, en contra del desarrollo y la expansión de un imperio nuevo construido por máquinas cada vez más potentes.

Por otra parte, el historiador de la ciencia y filósofo social inglés Samuel Lilley⁶⁷ (1914-1987) escribió muy acertadamente, en *Hombres, máquinas e historia*⁶⁸, que:

La Historia, como se ha dicho, es la ciencia del futuro. En otras palabras, si queremos controlar nuestro futuro y dirigirlo hacia fines deseables, nuestra principal tarea consistirá en estudiar el pasado en orden a comprender cuál ha sido el desarrollo de la sociedad y aplicar a nuestro tiempo las lecciones que se obtengan.

Y al hilo de lo considerado, no dejaré pasar la oportunidad de sincerarme con el lector. Quisiera rendir mi humilde homenaje a los grandes pensadores que vivieron en un pasado no muy lejano —que aún palpita entre nuestras manos—, pero injustamente olvidados; rescatar su memoria del río Leteo, que, como sabemos, era el río del olvido, uno de los cinco que recorrían el Hades o inframundo, tal como lo relata la mitología griega. Fueron filósofos e historiadores, honestos pensadores y eruditos, estudiosos del acontecer y del devenir humano, también sociólogos clarividentes, todos ellos profundamente concienciados y preocupados por el futuro de la humanidad. Alertas a los síntomas, a los imperceptibles indicios de la enfermedad que se avecina a pasos agigantados, fueron raramente escuchados por los poderosos de este mundo ante la total indiferencia de las masas. Tengo en mi mente a Marcel de Corte⁶⁹ (1905-1994), al profesor Boris Mouravieff⁷⁰ (1890-1966) —al que le dedico este ensayo—, a Georges Corm⁷¹ (1940-2024) y tantos otros. Sirva este estudio como un modesto intento en la recuperación de su memoria histórica.

Como resumen, citaré al Dr. Alexis Carrel, autor de esta interesante reflexión que pertenece a una pequeña joya de la literatura espiritual titulada *La incógnita del hombre*:

Si se hundiese nuestra civilización construiríamos otra. Pero ¿es indispensable sufrir la agonía del caos antes de alcanzar el orden y la paz? ¿No podemos elevarnos de nuevo sin pasar por la sangrienta regeneración del tras-

torno total? ¿Somos capaces de renovarnos, de evitar los cataclismos que son inminentes y de continuar nuestra ascensión?

¿Se condenará el hombre posmoderno a vivir la distopía, tal como Aldous Huxley⁷² (1894-1963) pintó en *Un mundo feliz*? ¿Un mundo de máquinas y de hombres-máquinas reducidos al nostálgico recuerdo de la libertad sacrificada en aras del progreso o padecer la existencia de una vida, sin rumbo y sin esperanza, como la de las termitas dentro de sus oscuros e infernales termiteros?

El filósofo, ensayista y crítico literario Jean François Revel⁷³ (1924-2006) escribió este texto estremecedor que pertenece a *El conocimiento inútil*⁷⁴:

Mantener al hombre en la ignorancia de sí mismo es la meta de todos los gobiernos, sean estos democráticos o dictatoriales. Podría aquí citar 1984, de George Orwell, o en Un mundo feliz, de Aldous Huxley, escritores muy conocidos del público en general. Escribieron libros muy reveladores sobre este asunto. En Un mundo feliz, sus habitantes son procreados in vitro como si fueran partes de una cadena de montaje, tal como la inventó Henry Ford para ensamblar sus coches, sacrificando la ética y los valores morales en aras de conseguir una sociedad compuesta por miles de hombres robots perfectamente jerarquizados; máquinas inhumanas, sin opiniones ni puntos de vista propios, cuya voluntad es anulada con la mítica droga soma y mantenerlos, de esta forma, en un estado de idiota docilidad [...]. Su libro no es más que una cruda parodia del statu quo actual. Hoy en día, podemos comprobar que sus presagios y premoniciones se están cumpliendo uno tras otro.

¿Será capaz el hombre de volver a su esencia, recuperando, en este duro ascender, el sentido de lo sagrado, de lo numinoso —en el sentido que le dio el teólogo y filósofo alemán Rudolf Otto⁷⁵ (1869-1937)— y de esta forma reorientar su vida hacia la paz, la belleza y la armonía? El sociólogo rumano Matei Călinescu⁷⁶ (1934-2009) dejó escrito en su magnífico ensayo *Cinco caras de la modernidad, Modernismo, Vanguardia, Decadencia, Kitsch, Postmodernismo*⁷⁷ que:

El capítulo reciente de la historia occidental es claramente una «Época de Problemas» en la que están presentes todos los síntomas de desintegración y ruptura, aunque aún existen esperanzas de que podría evitarse el colapso final de la civilización occidental.

Y finalmente, ¿adónde nos llevará todo esto? ¿Qué entenderá el posmoderno por verdad?

El historiador norteamericano Huston Smith⁷⁸ (1919-2016), a este respecto, subraya esta cuestión cuando escribió lo siguiente en *Más allá de la mente postmoderna*⁷⁹:

Mientras que en el pasado la gente discutía y luchaba acerca de qué punto de vista de la realidad era cierto, la postura postmoderna es que ninguno de ellos lo es. Los postmodernistas incluso se preguntan si la verdad cuenta con un significado en este contexto.

Por mi parte, creo que, tras la inminente hecatombe, en algún lugar, todo se reconstruirá de nuevo, como antes lo logró el auténtico cristianismo, prácticamente desaparecido de la Europa del siglo v, amparado en la fortaleza de su perfecto silencio místico, dentro de los sólidos muros de sus monasterios.

¡Que así sea!

Península Drake (Costa Rica), diciembre 2024.